

Del viaje como arte

***Travesías por España, Francia,
Italia y el Mediterráneo***

EDITH WHARTON

EDICIÓN DE TERESA GÓMEZ REUS



LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones



EDITH WHARTON

(EDITH NEWBOLD JONES)

NUEVA YORK, 1862
SAINT-BRICE-SOUS-FORÊT,
FRANCIA, 1937

Nacida en una familia de la alta sociedad neoyorquina, Edith Wharton pasó una década de su infancia deambulando por el Viejo Mundo. Su vuelta a Norteamérica y su boda con Edward Wharton le hacen volcar su mirada en un medio social que percibe estrecho y limitador. Sin simpatías por su país natal, a partir de 1907 se instaló en Francia, donde conoció a algunas de las personalidades más relevantes del momento, entre ellos Marcel Proust y Jean Cocteau. Allí escribió algunas de sus obras más célebres, como *Ethan Frome*, *Vieja Nueva York* y su novela cumbre, *La edad de la inocencia*.

La impresionante labor humanitaria que desarrolló durante la Primera Guerra Mundial la hizo merecedora de la Legión de Honor Francesa. Asimismo fue la primera mujer que ganó el Premio Pulitzer y que entró a formar parte de la Academia de la Artes y las Letras de los Estados Unidos.

Admiradora de George Sand, a cuya casa de Nohant en Francia peregrina dos veces, la última en compañía de su gran amigo Henry James, Wharton encontró en el Viejo Mundo lo que Estados Unidos no le daba: un entorno donde cultivar la conversación inteligente y desplegar su talento literario. Su gran erudición en arte italiano fue alentada por la escritora Vernon Lee (Violet Paget) y por el experto en arte renacentista Bernard Berenson.

TERESA GÓMEZ REUS es profesora de literatura inglesa y norteamericana en la Universidad de Alicante. Entre sus publicaciones figuran *La carta*, *Relatos de Edith Wharton* (Clásicos del Bronce, 1999), *¡Zona prohibida! Mary Borden, una enfermera norteamericana en la Gran Guerra* (Universidad de Valencia, 2008) y *Mujeres al frente: Testimonios de la Gran Guerra* (Huerga & Fierro, 2012).



Del viaje como arte

Travesías por España, Francia,
Italia y el Mediterráneo

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

Título de esta edición:

Del viaje como arte. Travesías por España, Francia, Italia y el Mediterráneo

Primera edición en LA LÍNEA DEL HORIZONTE Ediciones: junio de 2016

© de esta edición: LA LÍNEA DEL HORIZONTE Ediciones

www.lalineadelhorizonte.com | info@lalineadelhorizonte.com

© de los textos: Edith Wharton

© de la edición, selección e introducción: Teresa Gómez Reus

© de la traducción de: *Una fonda de posta alpina, El sueño de una semana de estío, De Boulogne a Amiens, Beauvois y Ruán, El Loira y el Indre, De Nohant a Clermont, De París a Poitiers, Aragón y Jaca*, Teresa Gómez Reus

© de la traducción de: *Crucero en el Vanadis, Un santuario toscano, El Milán pintoresco, Rabat y Salé, Harenas y ceremonias*, Ana Eiroa

© de la traducción de: *El último viaje a España con W[alter], 1925 y Regreso a Compostela*, Patricia Fra López

© de la maquetación y el diseño gráfico:

Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

© de la maquetación digital: Valentín Venzalá

© de la cubierta: Susana Blasco.

Dépósito Legal: M-19132-2016 | ISBN: 978-84-15958-43-7 | IBIC: WTL

Imprime: Cofás | Impreso en España | Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

DEL VIAJE COMO ARTE

TRAVESÍAS POR ESPAÑA, FRANCIA,
ITALIA Y EL MEDITERRÁNEO

-

EDITH WHARTON

-

EDICIÓN DE TERESA GÓMEZ REUS
TRADUCCIÓN DE: TERESA GÓMEZ REUS,
ANA EIROA Y PATRICIA FRA

-

COLECCIÓN
FUERA DE SÍ. CONTEMPORÁNEOS
Nº5

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. El Águila Dorada	(13)
I. CRUCERO EN EL <i>VANADIS</i> , 1888	(53)
Argelia, Malta y Túnez	(54)
Grecia y Turquía. Quíos y Esmirna	(65)
Grecia. El Monte Athos	(71)
II. AMBIENTES ITALIANOS. 1887-1903	(85)
Una fonda de posta alpina	(86)
El sueño de una semana de estío: Italia en agosto	(95)
Un santuario toscano	(113)
El Milán pintoresco	(129)
III. VIAJES POR FRANCIA EN CUATRO RUEDAS, 1906-1907	(143)
De Boulogne a Amiens	(144)
Beauvois y Ruán	(154)
El Loira y el Indre	(161)
De Nohant a Clermont	(172)
De París a Poitiers	(178)
IV. EN MARRUECOS. 1917	(189)
Rabat y Salé	(190)
Harenes y ceremonias	(199)
V. VIAJES POR ESPAÑA EN CUATRO RUEDAS, 1925-1930	(233)
Aragón y Jaca	(234)
El último viaje a España con W[alter], 1925	(238)
Regreso a Compostela	(256)

APeter

Introducción

EL ÁGUILA DORADA

Al evocar el nombre de Edith Wharton, dos imágenes acuden a mi mente: una es la de la autora recostada en su cama, escribiendo bien temprano sobre un pequeño tablero, como siempre hacía cada día; y la otra es una visión suya en coche, exultante, arrebatada, infatigable, lanzándose por campos y ciudades en busca de aventura. Estas dos imágenes en apariencia tan opuestas revelan, en el nódulo mismo de su carácter contradictorio, una profunda coherencia. Porque no se puede concebir a Edith Wharton —la escritora de innumerables relatos y novelas— sin atender a su faceta viajera. No se conformó con ser una peregrina impenitente por tierras extranjeras, sino que sus libros de viajes constituyen una parte integral de su obra de creación. De hecho, ambas vertientes, vida y escritura, se nutrieron de su deambular por el Viejo Mundo. Parte de su infancia transcurrió en ciudades europeas y ya en su madurez abandonó su país natal, Estados Unidos, para residir de forma permanente en Francia. En realidad, su identidad está inextricablemente unida a su condición de extranjera: nacida en el seno de una de las familias patricias de Nueva York, Edith Wharton nunca se sintió «en casa» en un medio social que, aunque privilegiado en lo económico, resultaba demasiado pequeño y limitador. Su excesiva sensibilidad y timidez, su precocidad intelectual y su amor por la escritura la hicieron sentirse desde muy joven fuera de lugar en una sociedad indiferente ante cualquier cuestión que no fueran los negocios o los asuntos familiares.

«Mis padres y su grupo —escribe en *Una mirada atrás* (1934)—, aunque tenían en gran estima la literatura, experimentaban un nervioso pavor con respecto a quienes la producían» y en su autobiografía rememora cómo su quehacer literario se inició «en medio de una espesa niebla de indiferencia, si no de tácita desaprobación».¹ Ese mundo pacato y repleto de pequeños axiomas, que tan bien retrató en *La edad de la inocencia* (1920), fue su «vieja Nueva York», un espacio de intolerable estrechez y «asfixiantes interiores» del que pudo escapar mediante dos poderosos medios: su imaginación y su energía. Ambos le permitieron destejer y rehacer el enrame de sus raíces, y construir a lo largo de este complejo proceso una trama existencial en la que viajar y escribir fueron inseparables sustentos. Y es que Wharton, además de la autora fecunda y versátil que hoy conocemos, fue una de las mujeres viajeras más tenaces y eruditas de su tiempo; una mujer que desechó el ensimismamiento cultural de su sociedad tribal para gozar de la diversidad visual del mundo, y para abrir el campo de sus experiencias a modos y contextos más sustanciosos en dignidad vital.

La larga vida de Edith Wharton (1862-1937) coincide con la época dorada de los grandes *tours* al continente europeo y la rebasa. Conoció las formas arriesgadas que caracterizaron los desplazamientos de sus padres y abuelos, y disfrutó en su madurez de los adelantos del nuevo siglo. Fue una de las primeras mujeres americanas en tener coche propio, y los cinco libros de viajes que escribió evidencian la importancia que el viajar cobró en su vida. A partir de su matrimonio con Edward *Teddy* Wharton, en 1885, y hasta su asentamiento definitivo en Francia, en 1907, no pasó un solo año sin cruzar el At-

1 Edith Wharton, *Una mirada atrás*, Barcelona, Ediciones B, 1997, p. 86, 142.

lántico; y en su autobiografía dedica un capítulo entero a «amistades y viajes», dos pivotes que le ayudaron sobremedera a ampliar sus horizontes y a crear para sí una existencia propia. Su relación con Henry James se avivó gracias a los nada sedentarios hábitos de esta autora, quien inculcó en el mesurado James si no la adicción, al menos la atracción por el viaje por carretera. Su energía llegó a ser legendaria. Su amigo Howard Sturgis la llamaba «L'oiseau de feu» y Henry James, el «Águila Dorada». Está claro, por lo que se desprende de sus cartas y memorias, que esta inclinación supuso una fuente inagotable de placeres estéticos y aventuras, un antídoto contra el desaliento y una magnífica terapia contra las limitaciones de su vida.

En efecto, su biografía está jalonada por continuos viajes y algunos de ellos fueron decisivos. Cuando Edith Wharton (nacida Edith Newbold Jones) tenía cuatro años, la depreciación de la moneda estadounidense redujo la renta de sus padres, por lo que estos tomaron la decisión de vivir un tiempo en Europa para ahorrar. Su estancia en Roma y en París se complementó con una gira por España en destartaladas diligencias, lo que supuso un bautizo de fuego, pues el recorrido por España, como relata en sus memorias, «era todavía considerado una ardua aventura, y la más patente muestra de locura emprenderlo con una niña pequeña».² Hija de viajeros natos, lectores de Prescott y Washington Irving, Edith Jones volvió de este peregrinaje «con una pasión incurable por la carretera» y el hábito creciente «de inventar».³ Pero Europa hizo algo más que encender lo que habrían de ser los motores de su vida. Durante los seis años que vivió allí se empapó del paisaje, del arte y la arquitectu-

2 *Una mirada atrás*, p. 46.

3 *Una mirada atrás*, p. 47 y p. 58.

ra francesa e italiana (los dos países que más le habrían de influir), y también de otros lugares. Aprendió francés, alemán e italiano, y estas experiencias le proporcionaron para el resto de su vida un «trasfondo de belleza y de orden establecido desde tiempos remotos».⁴

Su vuelta a América en 1872 acarrió una gran desilusión. En su autobiografía, parcialmente inédita, *Life and I* rememora el doloroso contraste entre las formas de belleza que la habían rodeado de niña y la «intolerable fealdad» de Nueva York, y en *Una mirada atrás* insiste en este punto, recordando la consternación que le produjo a su llegada «la impúdica mugre de las inmediaciones de sus muelles», «sus calles descuidadas y sus estrechos edificios tan faltos de dignidad exterior, tan cargados de presunción por fuera y de asfixiante tapicería por dentro».⁵ Su solitaria adolescencia, con una madre fría, que no la sabía apreciar, se suavizó al entrar «en el reino de la biblioteca» de su padre, donde continuó familiarizándose con la cultura, la historia y la literatura europeas. A los dieciocho años volvió a cruzar el Atlántico con sus padres para vivir en la Riviera francesa durante dos años en un intento inútil de mejorar la salud de su padre, quien finalmente falleció en Cannes, en 1882.

Ya casada, los viajes a Europa se impusieron como una salida obligada a la entonces enfermiza Edith Wharton. Instalados inicialmente en Pencraig Cottage y luego en Land's End, en el frívolo Newport (muy del gusto de su marido), la pareja estableció una rutina que permitió a Edith sobrevivir aquellos primeros años de tedio y de vacío: cada febrero marchaban al extranjero y dedicaban cuatro meses a viajar y, a decir de la propia autora, «era

4 *Una mirada atrás*, p. 61.

5 *Una mirada atrás*, p. 61 y p. 72.

entonces cuando realmente me sentía viva».⁶ Aunque en sus memorias no proporciona más claves que la de su escaso interés por las mundanalidades de Newport, sus biógrafos R.W.B. Lewis y Hermione Lee han iluminado las causas de su desánimo: su relación amistosa pero asexual, insustancial y a todas luces insuficiente con el banal Teddy, con el que solo compartía el amor por los animales y su fiebre viajera, y la insulsez de una vida en un medio trivial e indiferente a las cosas que ella tanto anhelaba. A pesar de la poca documentación que existe sobre esta etapa de su vida, sabemos por la propia autora que sufrió una larga depresión. A su amiga Sara Norton —hija del eminente profesor de arte Charles Eliot Norton— le confesó en 1908: «Durante *doce* años no hubo día en que no sintiera náuseas y estaba sumida en tal estado de fatiga que por las mañanas estaba más cansada que al acostarme. En esa especie de estado depresivo pasé los mejores años de mi juventud [...] *¡Mais quoi!* Logré superarlo y salir de donde estaba».⁷

Entre los pasos acometidos para superar esta crisis están sus primeras tentativas literarias. Un relato temprano, «La plenitud de la vida» (1891), encierra ya uno de los trasfondos temáticos más recurrentes en su narrativa, la infelicidad conyugal, al tiempo que anticipa lo que será una de sus imágenes más elaboradas: la presentación de casas como metáforas de identidad: «Alguna vez he pensado que la naturaleza femenina es como una gran casa llena de habitaciones. Está el vestíbulo, por el que pasa todo el mundo cuando entra y sale; el salón, donde se recibe a las visitas; la sala de estar, donde los miem-

6 *Una mirada atrás*, p. 112.

7 R.W.B. Lewis y Nancy Lewis, eds., *The Letters of Edith Wharton*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1988, p. 140. A partir de ahora, todas las citas que proceden del texto original son traducción mía.

bros de la familia van y vienen a su antojo; pero más allá, mucho más allá, hay otras estancias, con puertas cuyos pomos tal vez nunca se giran; nadie sabe el camino para llegar hasta ellas, nadie sabe a donde llevan; y en la estancia más recóndita, la más sagrada entre las sagradas, el alma espera sentada unos pasos que nunca llegan».⁸

Edith Wharton, que detestaba las recargadas tapicerías, las jardineras artificiales, las mesas cubiertas de naderías y los disparatados ornamentos de los salones de su infancia, intuye pronto que el arte de escribir, concisa y claramente, puede poblar de sentido esa habitación vacía a la que nadie llega. Y es significativo que su primer libro sea precisamente un volumen sobre diseño de interiores, *The Decoration of Houses* (1897), escrito en colaboración con el arquitecto Ogden Codman. Esta obra, en la que aboga por un estilo simple y armonioso, radicalmente opuesto a los interiores ostentosos de las clases altas americanas, anticipa lo que será una de sus preocupaciones más persistentes: la creación de espacios habitables, un aspecto este que surge en su vida y obra con tanta intensidad que con frecuencia se convierte en obsesivo. En el ensayo *La loca del desván* (1979) Sandra Gilbert y Susan Gubar han observado que «las ansiedades hacia el espacio parecen dominar la literatura de las mujeres del siglo XIX y de sus descendientes del XX»,⁹ y en la autora neoyorquina resulta curioso cómo su afán por distanciarse del estilo claustrofóbico de las casas de su entorno coincide con un poderoso deseo de escribir. No parece casual que *The Decoration of Houses*, el diseño de Land's End, su primera casa propia, y la publicación de

8 Edith Wharton, «La plenitud de la vida», en *Edith Wharton: Encanto y Compañía*, Madrid, Editorial Funambulista, 2010, pp. 33-52.

9 Sandra Gilbert y Susan Gubar, *La loca del desván. La escritora y la imaginación literaria del siglo XIX*, Madrid, Cátedra, 1998, p. 97.

sus primeros relatos se acometieran en esos años difíciles y solitarios, y que utilizara una metáfora espacial, «el jardín secreto», para referirse a la escritura. Es como si estuviese buscando vías de escape de su aprisionamiento femenino, imágenes de autoexpresión, y un espacio, literal y figurado, donde dar rienda suelta a sus ansias de belleza y a la creciente intensidad de su afán creativo.

Dentro de esta búsqueda en pos de los jardines internos, viajar se constituyó en otra modalidad cargada de sentido. Dado el carácter decepcionante de su matrimonio, este anhelo por marchar resulta fácilmente interpretable en términos de evasión, pero también como una suerte de *Bildung*, una forma de aprendizaje. Claro está que el mero hecho de viajar no tenía por qué ser un gesto rompedor, ni siquiera novedoso, pues los viajes esporádicos a Europa constituían una ocupación habitual en su medio neoyorquino. Pero frente a los modos predecibles de sus ricos compatriotas, ella optó por un estilo radicalmente distinto. Acompañada siempre de libros que alimentaban su sensibilidad visual, desplegó desde un principio un manifiesto horror por los caminos trillados, explorando, en cambio, un «extranjero alternativo» que pudiera satisfacer mejor sus ansias de sentir y conocer. En *Italian Backgrounds* (1905) hablará de su preferencia por «los paréntesis del viaje», de su entusiasmo por descubrir rarezas arquitectónicas, paisajísticas o pictóricas, y del placer de burlar los consabidos repertorios de la guía turística y lo que llamaba, con sarcasmo, «la omnisciencia de su autor».

Algunos de sus rasgos más particulares, sobre todo la elección de rutas poco transitadas, emergen ya en el crucero que en 1888 ella y Teddy emprendieron a bordo del *Vanadis*, cuando la autora tenía veintiséis años. Impetuosamente, sin apenas dinero y desafiando el criterio de sus familias, alquilaron un precioso yate a vapor, el

Vanadis, con el objeto de visitar las islas del Egeo, Malta, Sicilia y el norte de África. «Aquellos cuatro meses — escribe Wharton—, fueron el paso más importante que había dado en mi proceso de formación».¹⁰ Bien provista de libros sobre el arte y la historia de los lugares que querían visitar, se adentraron en remotas regiones, explorando una por una las entonces apenas conocidas islas del Egeo y visitando incluso los monasterios más inaccesibles.

El diario de a bordo que redactó, del que he incluido en esta antología una pequeña parte, deja entrever una Edith Wharton si no muy políticamente correcta en todo momento (comprensible considerando la época en que lo escribió), sí dotada de esa vívida y cultivada percepción estética que será uno de los atributos más persistentes de todos sus libros de viajes. Es muy dudoso que tuviera planes de publicarlo pues nunca lo mencionó, ni siquiera en su autobiografía, donde declara que «hasta 1918 no llevé ni el más escueto diario».¹¹ Descubierto en 1991 por la profesora Claudine Lesage en la biblioteca pública de Hyères, dicho diario, como esta comenta, contradice el cliché general según el cual «sus comienzos como escritora fueron un mero accidente, una distracción de mujer rica». Todo lo contrario, «igual que una violinista practica diligentemente sus escalas antes de aparecer ante el público, Wharton había estado escribiendo de manera exhaustiva, pero en privado».¹² De ahí que Lesage se refiera al *Crucero en el Vanadis* como su «odisea inaugural» en el campo de la literatura de viajes, y que Sarah Bird Wright, otra de las estudiosas que mejor han abordado

¹⁰ *Una mirada atrás*, p. 120.

¹¹ *Una mirada atrás*, p. 20.

¹² Citado por Sarah Bird Wright, ed., *Edith Wharton Abroad. Selected Travel Writings, 1888-1920*, Nueva York, St. Martin's Press, 1996, p. 15.



I

CRUCERO EN EL *VANADIS*

1888

ARGELIA, MALTA Y TÚNEZ

Tras dos semanas de niebla gélida, el 17 de febrero partimos de Marsella rumbo a Argelia a bordo del buque de vapor *Ville de Madrid*. En el golfo de León, como de costumbre, había marejada y tras una difícil travesía llegamos a Argelia la noche siguiente. El *Vanadis*, un yate a vapor que habíamos fletado en Inglaterra para nuestro crucero por el Mediterráneo, nos esperaba atracado en el puerto y tan pronto como echamos el ancla su esquife vino hasta el *Ville de Madrid* a recogerlos.

Primero tuvimos que ir a remo hasta tierra para, al igual que todos los demás pasajeros, cumplir con los trámites aduaneros; y al poner pie en el mar de barro que cubría el atracadero nos rodearon los primeros árabes que habíamos visto en nuestra vida: nos sorprendió su aire pintoresco a la luz intermitente de las linternas, con sus túnicas blancas y sus largas capas del mismo color. Minutos más tarde estábamos de nuevo a bordo del esquife que, impulsado por los remos, atravesaba el ancho puerto a toda velocidad bajo un cielo en el que brillaban las estrellas, y nuestra primera imagen de Argel, con sus luces dibujando una curva sobre las aguas oscuras de la bahía, no pudo ser mejor. En poco tiempo alcanzamos el yate y enseguida nos encontramos cenando, sentados en un salón muy iluminado que habían adornado con profusión de rosas y violetas en honor a nuestra llegada.

Tras la cena nos dispusimos a inspeccionar nuestro yate sin que, cuando recorriamos las distintas dependencias, se nos pasase por la mente lo pronto que iba a convertirse en un hogar para nosotros. El *Vanadis* es un yate a vapor que desplaza trescientas treinta y tres toneladas, de más de cincuenta y cinco metros de eslora

y siete de manga. En cubierta se encuentra una acogedora caseta, con asientos a ambos lados, una mesa y estantes en lo alto. Bajo cubierta hay una amplia cámara, con paredes lisas revestidas de madera de arce y amueblada con dos largas mesas abatibles, una pequeña estufa y estantes para libros que recorren ambos lados del salón, por encima de los sofás. Una de las mesas la empleamos para comer; la otra pronto estuvo cubierta de una variada colección de tinteros, librillos de papel secante, mapas y jarrones con flores. Entre la cámara y la popa estaban nuestros dos camarotes, que ocupaban todo el ancho del barco; contaban con todo tipo de comodidades como estanterías, cajones, armarios roperos y sendas bañeras de gran tamaño. Hacia proa se encontraban el camarote de nuestro compañero de viaje, otros dos para la doncella y el ayuda de cámara y una cuarta dependencia que hacía las veces de comedor para ellos. El cuarto de máquinas y los camarotes de la tripulación quedaban, por supuesto, a popa. La tripulación, de dieciséis hombres, la formaba el capitán y el primer oficial, dos maquinistas, dos fogoneros, el contraamaestre, cinco marineros, dos mayordomos y dos cocineros.

Pasamos tres días y medio en Argel, pero como me encontraba mal y estuve casi todo el tiempo en el yate, los recuerdos que tengo de ese lugar no son tan nítidos como los de otros muchos sitios en los que nos detuvimos apenas unas horas. Jamás contó ciudad alguna con emplazamiento más sublime. Con las verdes laderas del Sahel al fondo, las hileras de casas blancas siguen la larga curva de la bahía, sobre la que se elevan gracias a las altas arcadas que dan al Boulevard de la République apariencia de terraza; en lo alto, tras la parte de la ciudad donde más se amontonan los tejados, se extienden desperdigadas las villas del Mustapha Supérieur, con

sus ventanas en forma de herradura que miran hacia el mar por entre naranjos y palmeras y muros blancos tapizados de buganvillas carmesí. El puerto, a rebosar de barcos, está delimitado en un extremo por un espigón de construcción moderna y en el otro por el embarcadero levantado con el esfuerzo de treinta mil cristianos, cautivos no hace aún cuatrocientos años. Pero lo que hace más próxima la realidad del cautiverio cristiano en África es la descripción que nos legó Goethe del Príncipe Palagonia, al que, hace poco más de cien años, se encontró vestido con paños menores de color negro, medias de seda y hebillas de plata, mendigando en las calles de Palermo el dinero del rescate de los cristianos cautivos en Argelia. Todavía en 1816 quedaban tres mil prisioneros, que serían liberados por lord Exmouth cuando destruyó la flota de los piratas argelinos. Hoy en día, al pasear por las calles del barrio francés, repletas de carruajes y turistas y bordeadas de tiendas tan tentadoras como las de Niza, resulta increíble que todavía haya gente viva que recuerde aquellos hechos.

Para ver la parte árabe de Argel hay que acercarse al mercado o a las mezquitas, o mejor aún, hay que ascender las callejuelas empinadas que parten de los arcos parisinos de la Rue Bab-Azoun. En estas calles angostas vimos mujeres cubiertas con velos que pasaban rápido, arrastrando los pies con ese andar peculiar que se debe a las anchas babuchas orientales, los ojos pintados brillando tras el vaporoso *yashmak*¹ blanco; después aparecieron sombríos zaguanes en los que ancianos árabes, sentados en cuclillas y encorvados, confeccionaban ropa

1 Vocablo de origen turco adaptada al inglés, que significa «velo que cubre el rostro de las mujeres y que solo deja al descubierto los ojos». Todas las notas subsiguientes, excepto las que se especifiquen de otro modo, son obra de las traductoras.

o cosían zapatos; y había también grupos de beduinos que nos acechaban, cubiertos de harapos que alguna vez fueron blancos, y judíos y negros y niños semidesnudos, y todos aquellos personajes fantásticos que componen la escena abigarrada de una calleja oriental. Uno de los días alquilamos un pequeño faetón para visitar el Mustapha Supérieur, entreviendo al pasar jardines amurallados y villas moriscas con todo su encanto, y cruzándonos con ómnibus atiborrados de figuras de apariencia feroz, que a toda velocidad descendían por las calles llenas de barro de aquella zona residencial. El Mustapha, a pesar de ser tan bonito como cualquier barrio residencial de las afueras de Cannes o Niza, no tiene la pulcritud ni ese aspecto de jardín que asociamos con la Costa Azul, aunque quizás ese aire de dejadez general se vea, a ojos de muchos, compensado por el gentío pintoresco que puebla sus descuidadas calles. Y no hay lugar en Europa en el que se pueda contemplar nada tan oriental como el pequeño café de los arcos del Mustapha, donde argelinos con chilabas blancas, sentados en cuclillas, toman café en la terraza a la sombra de unos plátanos. Pasamos el palacio de verano del gobernador y, tras las verjas, vislumbramos un exquisito jardín; a continuación atravesamos el Vallon de la Femme Sauvage... Por este corto y agreste barranco llegamos al barrio conocido como Mustapha Inférieur, que se encuentra cerca del mar en la falda del Sahel; y aquí nos encontramos el Jardin d'Essay, por el que yo sentía particular curiosidad.

Paseamos por alamedas bajo árboles gomeros altos como robles, entre celosías con rosales trepadores en flor y altas matas de cañas *Arundo donax*, pero el viento frío que soplaba por las largas callejas confería un aire sombrío a la escena, a pesar de la vegetación sureña. Fue, sin duda, mal momento para visitar el Jardin d'Essay, ya que llevaban unos días de frío intenso en Europa y, según supimos luego, había nieve en Aviñón y se podía patinar sobre hielo cerca de Marsella, mientras nosotros tiritábamos en las alamedas de Argel. Todas las palmeras más delicadas como la *Latana borbonica*, la *Fénix* y la *Cyca revoluta* se encontraban protegidas con unas cubiertas de estera, debido posiblemente al insólito mal tiempo.

El 22 de febrero, sobre las tres de la tarde, zarpamos rumbo a Túnez, pero el viento era tan fuerte y la mar estaba tan embravecida que, a la tarde siguiente, atracamos en Bona. Nunca se agradeció tanto la tranquilidad de un puerto y, tan pronto como el práctico lo permitió, bajamos a tierra para dar un paseo por la ciudad. Goza ésta de una situación espléndida en una bahía rodeada de montañas, en cuya proximidad se encuentran las ruinas de Hipona, la que fue sede del obispado de San Agustín. La propia ciudad es bonita y limpia tiene, como es habitual, un barrio francés con arcadas y una plaza con palmeras y arriates de rosas y violetas. Al fondo de esta plaza se encuentra la catedral católica moderna y, un poco más allá, una puerta en la muralla de la ciudad se abre al campo. El barrio árabe estaba poblado por todo tipo de personajes llamativos: niños con ropas de colores vistosos y gruesos brazaletes de oro, mujeres con chilabas blancas y *yashmaks* de seda negra cubriéndoles el rostro y, lo más insólito de todo, judías con turbantes de seda sobre las trenzas (como en los retratos de Judit

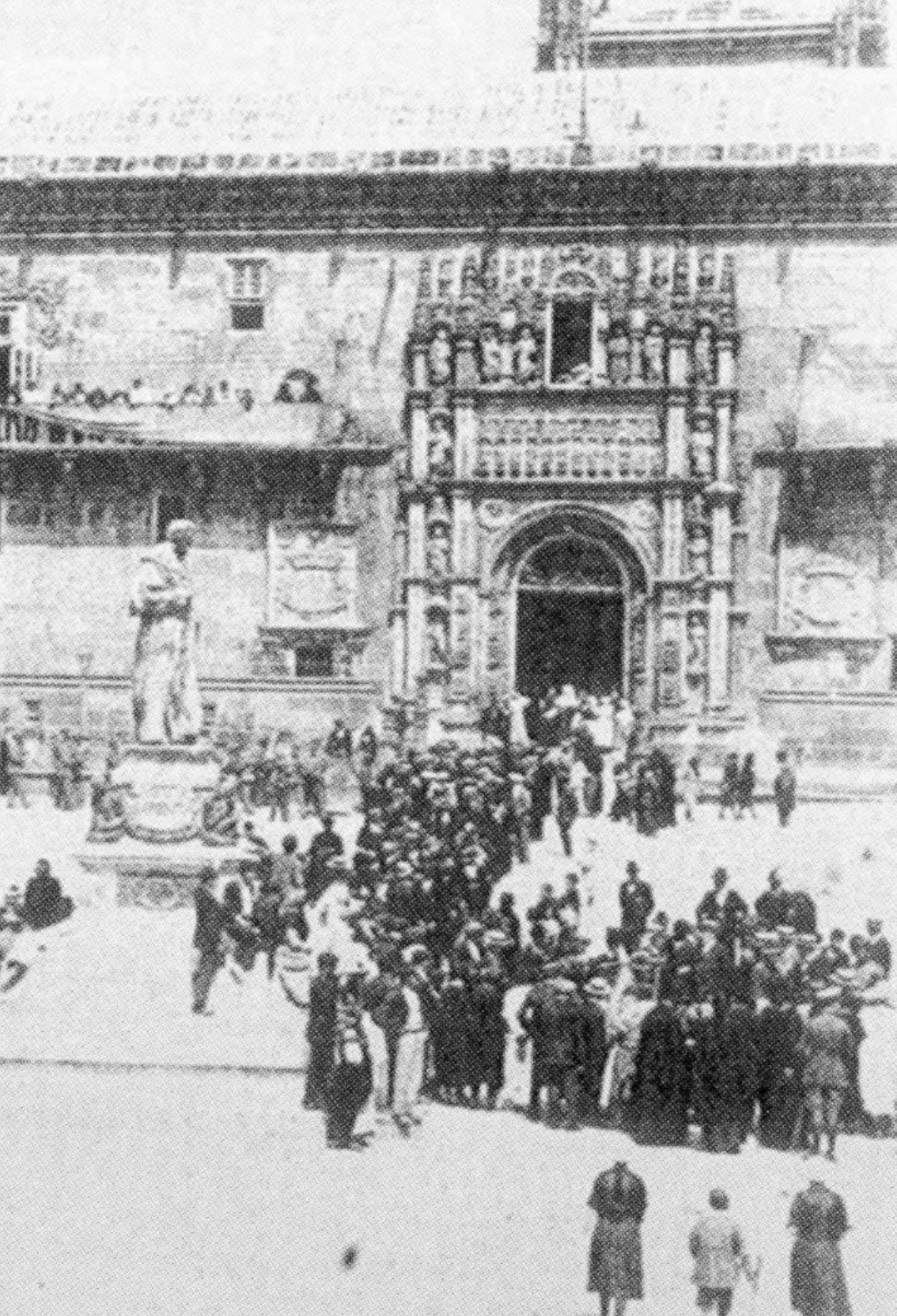
o Herodías del siglo XVII), mangas sueltas de gasa o muselina bordadas, vestidos de seda con motivos florales y chaquetas con ribetes dorados.

La tarde de nuestra llegada bajamos a tierra en la lancha y fuimos en coche hasta Hipona. El camino discurre a la sombra de altos setos de chumberas y áloes, tras los que entrevimos huertos de naranjos y limoneros cargados de frutos. Las ruinas se alzan sobre una colina con profusión de olivos y se componen de los pilares y la bóveda de una iglesia muy antigua —ignoro si es la que se destruyó en el siglo VII o de una posterior—, cubiertos por un sinfín de plantas trepadoras. Más arriba, gracias al fervor católico, se levantan los muros y columnas de una nueva catedral en plena construcción, cuya cripta ya terminada sirve de iglesia. En este lugar encontramos a unas Hermanas de la Caridad que nos mostraron el cercano orfanato francés y, tras detenernos un tiempo a contemplar el maravilloso panorama de montañas, llanura y mar, regresamos a Bona. Esta vez nuestra ruta atravesó el valle a espaldas de la ciudad, bordeando un arroyo escondido tras cactus y mimosas en flor. Todos los árboles estaban cubiertos de hojas y la tierra entera era una llamarada de verde primaveral recién renovado.

Yo me sentía todavía tan indispuesta que el 24 de febrero decidimos tomar el gran buque de vapor *Ville d'Oran* hasta Malta, haciendo escala en Túnez, mientras que nuestro yate iba directo a Malta, ya que la rada de Túnez es un lugar muy malo para fondear. Y cómo no, tan pronto nos decidimos por este plan, el viento amainó y navegamos por un mar en calma seguidos del *Vanadis*, arrepintiéndonos de todo corazón de haberlo abandonado. Sin embargo, al final resultó que habíamos tenido suerte, ya que el *Vanadis* tropezó con mal tiempo en el canal de Malta; además, hubiesemos lamentado mu-

chísimo no haber visto Túnez. La tarde estaba nublada, pero las nubes se despejaron y cuando a las siete de la tarde llegamos al pueblo de La Calle la luna rielaba en las aguas tranquilas e iluminaba la silueta irreal de las montañas africanas. Durante un rato atracamos en La Calle, pueblo de pescadores de coral, habitado principalmente por italianos. La noche era tan cálida que nos sentamos en cubierta hasta tarde, contemplando la labor de descarga de unos raíles, destinados a la construcción de un ferrocarril en proyecto, y escuchando los gritos extraños en dialecto italiano procedentes de los botes que pululaban a nuestro alrededor.

A la mañana siguiente despertamos en el golfo de Túnez, y nunca había contemplado yo un panorama más bello que el que se me brindó cuando salí a cubierta. A nuestra izquierda había un grupo de montañas, etéreas como las «islas coronadas» de Shelley; a nuestra derecha, en el otro extremo, el acantilado del cabo Cartago, con una aldea blanca aferrada a uno de los flancos, y las ruinas de Cartago a sus pies en la bahía; y todavía más allá, al borde del agua, la forma alargada del puerto de la Goleta, con sus azoteas y sus cúpulas, y los botes con velas latinas de alegres colores saliendo al mar desde los muelles atestados. La lancha a vapor de la naviera nos acercó a la Goleta, el Pireo de Túnez, y tras un breve paseo por las calles de este pueblecito llegamos a la estación de ferrocarril. Mientras esperábamos la salida del tren nos entretuvo mucho observar a las tunecinas que pasaban por la calle con sus extrañas vestimentas. Llevan blusas cortas que les llegan a las caderas y se envuelven las piernas, desde los tobillos, con bandas ceñidas de lino blanco. Y para dar un aire aún más grotesco a su apariencia se cubren la cabeza con una suerte de tocado dorado con cuernos, sujeto a las sienes por un trozo de



V

**VIAJES POR ESPAÑA
EN CUATRO RUEDAS
1925-1930**

ARAGÓN Y JACA

I

Arriba, arriba, a través de abundantes musgos y helechos, entre el gotear de árboles, el marrón aterciopelado de los ramajes de haya y el destello de arroyos incitantes en la penumbra frondosa, entre la tierra húmeda y el cielo húmedo de los Pirineos franceses. Y por fin, de súbito, saliendo de la pelada yunta de una montaña, bajo un cielo duro y azul, con montañas por doquier, sin árboles, agudamente perfilada bajo una luz solar tan penetrante que cada objeto destaca con la despiadada prominencia de la linterna mágica: España.

Muy lejos, en una ladera bronceína, un diminuto pueblo pardo imita la protuberancia esculpida de un escudo. Por allá, un olmo solitario: el sol lo cincela como si fuese un campanario. Todo es intolerablemente preciso, vívido y de largo alcance. Parece como si, al mirar al este, los ojos pudiesen abarcar hasta Cataluña, y mirando al sur hasta Castilla la Nueva. ¿Y no es acaso aquel remoto azul la Sierra de Guadarrama? Empezamos a adquirir vista de águila, y a nuestra imaginación le crecen alas. ¡Lo que deben divisar esos dos halcones que de manera tan indolente planean sobre nuestras cabezas! El esfuerzo en pos de una readaptación mental y visual ha de hacerse con tanta celeridad que uno implora en vano para que haya más tiempo, más brumas, más misterio. España no debería ser tan española así de golpe.

II

No hay país, de hecho, que sea él mismo de una manera tan contundente tan solo a unos metros allende la frontera. Todo el mundo va a lomos de caballo, mula o burro; nadie camina ni va en coche ni en bicicleta. Ni siquiera el inesperado y rápido pasar de un trepidante autocar atestado de viajeros logra disipar esa impresión. Desaparece tan de repente, y tan envuelto en polvareda, que más parece tratarse de una tormenta del desierto que de un moderno medio de transporte. Pues si no hay brumas en España (salvo en la parte del Atlántico), sí hay desconcertantes remolinos de polvo, que, aun sin estar causados por el tráfico, surgen en mitad del camino formando una espiral perpendicular como las de Efrít¹, y luego se alejan airadamente a través de los campos buscando a quién sofocar. Estas polvaredas, sin embargo, no nos preocupaban demasiado en aquel descenso a Jaca. Las carreteras montañosas eran buenas y el automóvil serpenteaba con facilidad por laderas grises y amoratadas y del color de los cervatos, hasta que un recodo nos puso ante nuestra vista la perfecta ciudadela que, espléndidamente fortificada, se asienta justo encima de la ciudad. Mucho se ha escrito sobre las murallas de Jaca, pero la mejor manera de imaginar lo que debieron ser en origen es subir y visitar la ciudadela. Estas solo sobreviven en forma de tramos sueltos, tras haber sido desplazadas, de manera harto lastimosa, por los pujantes barrios más recientes. Existen pocas vistas más bellas que el ininterrumpido contorno de unas murallas medievales, como las de Ávila o las de Fez; pero de todos los vestigios del pasado no conozco otro monumento al que más le mortifique los atropellos y que acepte su derrumbe con me-

1 Genio malévolo de la mitología musulmana.

COLECCIÓN FUERA DE SÍ

*Un paseo literario por el mundo a través
de autores y viajeros de hoy.*

CO#1

Paisajes del mundo

JAVIER REVERTE

CO#2

El cuerno del elefante

PACO NADAL

CO#3

Postales del joven Moss

ALEXANDER BENALAL

CO#4

El camino cruel

ELLA MAILLART

CO#5

Del viaje como arte

EDITH WHARTON

— EN PREPARACIÓN —

CO#6

Crónicas japonesas

NICOLAS BOUVIER



La vida es la cosa más triste que existe, después de la muerte; sin embargo, siempre hay nuevos países que ver, nuevos libros que leer [...], otras mil maravillas diarias ante las cuales admirarse y alegrarse. El mundo visible es un milagro cotidiano para quienes tienen ojos y oídos.

EDITH WHARTON

A comienzos del xx el viaje a Europa era un género tan popular como desgastado. Lo que aporta Edith Wharton es ímpetu y gozo, horror a los caminos trillados, una mirada perspicaz y un bagaje intelectual asombroso. Vida, arte y escritura se alían para contrarrestar los angostos interiores de *Vieja Nueva York* o *La edad de la inocencia*, su mundo, al que contrapuso la exaltación del horizonte inabarcable.

Una de las primeras norteamericanas en tener coche propio, contagió su pasión por la carretera a su amigo Henry James, que la nombró el “Águila Dorada”. El coche, “en su vertiginoso pasar”, permitía explorar carreteras secundarias, lugares ensimismados y desconocidos. Esta antología de textos de viaje, que recopila la profesora Teresa Gómez Reus, extrae ejemplos de su mirada nada convencional cuando se asoma al Monte Athos, muestra su pasmosa erudición en Italia, Francia o España, o posa una mirada femenina y crítica sobre la sordidez de los harenes en Marruecos, “sepulcros blanqueados”, con “una concepción de la vida sexual y doméstica que se basa en el esclavismo”.

España le fascinó desde que la transitara con su familia en destartaladas diligencias a la edad de cuatro años. Ya en su madurez hizo repetidas incursiones desde su hogar en Francia, varias de ellas con el gran amor de su vida, Walter Berry. Con él viaja por Cataluña y las dos Castillas, y recorre el Camino de Santiago. Su *Viaje por España en cuatro ruedas* iba a ser uno de sus últimos libros de viaje que, por desgracia, no llegó a escribir. Algunos de sus breves textos y el diario conciso de las rutas que realizó se han incluido en esta antología como evidencia de su genuina atracción por nuestro país.